

MONTAIGNE Y BORGES, ESCÉPTICOS AFINES. EL HOMBRE, LA DUDA, EL LIBRO

BERTA GUERRERO ALMAGRO

Universidad de Murcia

Resumen: La interrogación acerca de la existencia de la verdad gravita sobre el ser humano y supone la aparición de una doctrina filosófica que también se constituye como escuela literaria: el escepticismo. En este artículo, se estudia esta doctrina desde un prisma literario comparado que permite conectar la perspectiva de Michel de Montaigne con la de Jorge Luis Borges.

Palabras clave: Montaigne, Borges, Escepticismo, Duda, Verdad

Abstract: The question about the existence of truth gravitates over humans and involves the appearance of a philosophical doctrine that also constitutes as literary school: scepticism. In this article, this doctrine is studied from a literary prism compared that connects the perspective of Michel de Montaigne with Jorge Luis Borges.

Keywords: Montaigne, Borges, Scepticism, Doubt, Truth



1. PALABRAS LIMINARES

Abrir un estudio sobre el escepticismo defendiendo categóricamente una idea puede resultar contradictorio; por este motivo, lejos de pretensiones concluyentes, se afirma que prácticamente todos los seres humanos se han cuestionado la veracidad de algo al menos una vez. La actitud dubitativa se genera en el ser por un sinfín de factores, los aspectos por los que se duda son tan numerosos como las circunstancias en las que esta surge. El hombre, con mayor o menor facilidad, puede sucumbir al poder interrogativo y, concretamente, a la pregunta por la certeza o la eficacia de algo. Este artículo se ciñe, pues, a dicho interrogante y a la vía que se ocupa de él: el escepticismo. Más específicamente, se va a atender a él desde un prisma literario comparado que permite conectar la perspectiva de Michel de Montaigne con la de Jorge Luis Borges. Porque ambos dudan incluso del mundo, y dudan por su condición de seres mortales y reflexivos preocupados por el saber –la sapiencia promueve la cuestión, al igual que la ignorancia no suele permitir vislumbrarla–. Los dos se percatan de que resulta sencillo engañarse sin necesidad de acudir a elementos extraños o factores lejanos: lo puramente fisiológico, tan próximo al ser, puede conducir al falseamiento.

Los sentidos son la principal fuente de conocimiento del ser humano y al mismo tiempo, sin embargo, la vía de engaño primordial. El hombre percibe el mundo través de ellos, pero los medios que lo acompañan o que permiten advertirlo –luz, aire, agua, materiales como el cristal, etc.– alteran y modifican esos hechos. Al hombre no le es posible, pues, alcanzar el conocimiento auténtico de modo absoluto. En suma, como apunta Francisco Sánchez en *Que nada se sabe* (1977: 155): «nada es más cierto que el sentido, ni nada es más falso que él». Tras estas palabras liminares, se aborda en el próximo punto el escepticismo –tanto en su vertiente filosófica como literaria– para, seguidamente, estudiar las vinculaciones entre Montaigne y Borges.

2. EL ESCEPTICISMO: ESCUELA FILOSÓFICA Y TRADICIÓN LITERARIA

Para ofrecer una panorámica de la postura escéptica lo más completa posible, se presenta, en primer lugar, una sucinta aproximación a tal doctrina filosófica y, a continuación, la estela literaria que emerge de ella así como sus rasgos caracterizadores; pues tanto en el ámbito filosófico –donde ve la luz– como en el literario, el escepticismo halla sus principales manifestaciones.

2.1. El escepticismo, escuela filosófica

Un recorrido diacrónico desde los pensadores más relevantes que conectan con el escepticismo hasta los que se pueden considerar plenamente circunscritos a él permite vislumbrar entre sus seguidores a relevantes figuras. Jenófanes, Parménides, Zenón, Heráclito o Demócrito, propugnaban –aunque desde sus particulares perspectivas, como señala Castany Prado en *Que nada se sabe* (2012: 44-45)– el engaño de los sentidos. Ya por la creencia en la imposibilidad de alcanzar la verdad, por la idea de la ausencia de movimiento y cambio que engañosamente se percibe, por las falsedades a las que las apariencias inducen o por la crítica al conocimiento sensible, las personalidades indicadas muestran puntos en conexión con los escépticos, aunque aún no se consideran tales, pues aún no se «cuestiona el poder de la razón para conocer la verdad» (Castany, 2012: 46). Quienes sí se lo cuestionaron fueron los sofistas, pero tampoco se consideran escépticos, pues, entre otras diferencias, no se interesaron por la felicidad del hombre, aspecto importante para el escepticismo (Castany, *op. cit.*). Sócrates, sus sucesores y Platón –considerado un precursor por los propios escépticos– también merecen ser introducidos en esta nómina.

Así pues, «a pesar de que en todos estos autores se anuncia la argumentación y el estilo del escepticismo, este no será sistematizado hasta que Pirrón de Élide funde, en el siglo IV a. C., la escuela escéptica de Atenas» (Castany, 2012: 49). Propiamente incardinadas en el escepticismo se encuentran las vías iniciadas por Pirrón –quien funda la escuela escéptica, normaliza la duda y apunta la suspensión del juicio sobre el bien y el mal– y por Arcesilao y Carnéades, sucesores de Platón en la Academia –quienes se distinguen de los pirrónicos por aceptar «un ejercicio parcial de la razón» (Castany, 2012: 52)¹. Respecto a las personalidades y creaciones esenciales del escepticismo, hay que mencionar a Enesidemo con sus diez puntos contra la fiabilidad de los sentidos, a Agripa y los cinco suyos sobre la desconfianza que produce la razón y a Sexto Empírico y sus excelsas creaciones sobre esta doctrina.

En cuanto a la evolución de esta doctrina, el escepticismo fue prácticamente olvidado durante la Edad Media y para ser recuperado en el siglo XVI con figuras como Michel de Montaigne. Con el tiempo, continuará vigente incluso en periodos donde la razón es la principal fuente luminosa,

¹ Maria Lorenza Chiesara (2007: 19) se refiere así a esta doble vía del escepticismo: «es útil mantener diferenciados [...] el significado filosófico de lo que hoy llamamos escepticismo griego, en sus dos almas, una, vinculada al pensamiento de Pirrón, otra, al de Sócrates y Platón».

como la Ilustración, ya que el empirismo del XVIII es, en definitiva, «una reformulación del escepticismo empírico clásico» (Castany, 2012: 74). Pierre Bayle y su *Diccionario histórico y crítico*, Voltaire con su *Diccionario filosófico* y Diderot y D'Alambert con la *Enciclopedia* se refieren a grandes personalidades escépticas –Pirrón, Sexto Empírico, Montaigne, entre otros–, apuntan el engaño de la razón y de los sentidos y muestran costumbres y doctrinas enfrentadas a las habituales.

2.2. El escepticismo, tradición literaria

El movimiento escéptico, como sostiene Castany Prado (2012: 33), ha llegado a superar el ámbito de la filosofía para convertirse en la base de una de las tradiciones literarias más importantes. Muchos son los creadores con tintes escépticos –algunos, incluso, sin plena conciencia de poseerlos–, como se puede comprobar repasando los distintos textos de la tradición literaria. Bajo el marbete de *literatura escéptica* se engloban «obras cuyo tema y convicción fundamental es la incapacidad cognoscitiva del ser humano y sus implicaciones éticas, políticas, religiosas o existenciales» (Castany, 2012: 79). Autores como Luciano, Eurípides, Plutarco, Erasmo, Rabelais, Cervantes, Shakespeare, Quevedo, Antonio Machado, Pessoa... muestran variabilidad de costumbres, actitudes y perspectivas en sus obras; cuestionan en algunos casos la existencia de la divinidad; son ambiguos y satíricos... ofrecen, en definitiva, un perfil escéptico que ha contribuido a erigir sus obras como perennes lecturas.

En cuanto a los rasgos que caracterizan al escritor escéptico, se han de mencionar, siguiendo a Castany Prado (2012: 79), aspectos estilísticos –expresiones que muestran indecisión, elipsis que conllevan ambigüedad, tintes humorísticos e irónicos, estilo conversacional que muestra apertura y conciencia de la ignorancia humana...–, rasgos vinculados con la narración –parodias de personajes dogmáticos, adopción de distintas perspectivas sin que prevalezca ninguna, empleo del recurso conocido como *cajas chinas* para generar vértigo, aparición de personajes engañados por las apariencias, manifestación de la poca fiabilidad del autor, cierres abiertos e imprevisibles...– y puntos vinculados tanto con los géneros –se emplean, normalmente, aquellos que se vinculan con la reflexión: poesía filosófica, tragedia, ensayo... – como con los temas –la divinidad, el tiempo, la identidad, las fronteras entre verdad y mentira– y los complejos símbolos de los que se sirven –como el laberinto, el espejo o la biblioteca–.

3. MONTAIGNE Y BORGES

Muchas son las figuras en las que se puede concretar la tradición escéptica. Este estudio, pesar de la distancia cronológica que media entre ambas, se atiene a Michel de Montaigne (1533-1592) y Jorge Luis Borges (1899-1986). Ellos son dos escritores para los que, siguiendo a George Santayana en *Escepticismo y fe animal* (2002), el pasado se desdibuja según el capricho de su memoria, el futuro no es seguro y sólo cuentan con el presente; un presente desarrollado en un mundo no digno de confianza debido a los sentidos falaces con los que lo perciben y a la razón, que es confundida por ellos.

En cuanto al plano del estilo, hay que mencionar otros aspectos que los conectan con el escepticismo, como la movilidad de sus escritos –rasgo que también implica el mencionado escepticismo²–. Borges menciona a Montaigne en un ensayo de *Discusión*, “La supersticiosa ética del lector”, y afirma de él que posee una «prosa de sobremesa, prosa conversada y no declamada» (2005: 203), como Cervantes, Dostoievski, Butler e incluso él mismo. Algunos autores consideran especialmente importante la perfección de estilo, la sonoridad de las palabras, encontrar el término exacto para convertir un párrafo en inmortal; Borges (2005: 204) mantiene que «la pasión del tema tratado manda en el escritor, y eso es todo. La asperidad de una frase le es tan indiferente a la genuina literatura como su suavidad». La clara conversación es, pues, marca del estilo de ambos. El interés por el qué, por las ideas, por el asunto... resulta de vital importancia para los dos autores³. En los apartados siguientes se estudia el escepticismo en ambos creadores, atendiendo a los temas y rasgos estilísticos que los incardinan en el pensamiento escéptico.

² La relación movimiento-perspectivismo ampliado-escepticismo es, en suma, la fórmula esencial que se halla en la base de este trabajo y que también constituye la base del perfil de ambos autores. El cambio supone nuevas visiones y germinación de indecisiones al comprobar que no todo es como uno había supuesto. El estilo conversacional y el interés por la otredad –otros puntos que se abarcan en este estudio– conectan con los parámetros expuestos –la conversación supone movimiento; la otredad, una dilatación en la perspectiva para abarcar posturas novedosas–.

³ Borges cierra el citado ensayo refiriéndose a la importancia de la «directa comunicación de experiencias, no de sonidos» (Borges, 2005: 204). La materia prevalece sobre la forma porque «la literatura es un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido» (Borges, 2005: 205).

3.1. Por qué nada se sabe

Para comenzar a estudiar el escepticismo, resulta oportuno aludir a un ensayo de Montaigne titulado “Apología de Raimundo Sabunde” (2013: 504, II, xii) en el que el humanista francés presenta una postura escéptica adornada con pinceladas cristianas: muestra respeto por la figura del teólogo Sabunde, pero, a diferencia de él, duda de la razón como medio de alcanzar la verdad. Montaigne conecta, pues, con el pensamiento escéptico, al que se refiere en el citado escrito de este modo:

Quienquiera que busque algo llega a este punto: o bien dice que lo ha hallado, o bien que no puede hallarse, o bien que sigue buscándolo. Toda la filosofía está dividida en estas tres categorías. Su intención es buscar la verdad, la ciencia y la certeza. Los peripatéticos, los epicúreos, los estoicos y otros pensaron haberla hallado. Establecieron las ciencias que tenemos y las trataron como premisas seguras. Clitómaco, Carnéades y los académicos desesperaron de la búsqueda y juzgaron que la verdad no podía concebirse por nuestros medios. Su conclusión es la debilidad y la ignorancia humana; este partido tuvo la mayor continuación y los más nobles seguidores.

Pirro y otros escépticos o epojistas –cuyos dogmas fueron considerados por muchos clásicos como procedentes de Homero, de los siete sabios, de Arquíloco, de Eurípides, y aceptados por Zenón, Demócrito, Jenófanes– dicen que aún siguen buscando la verdad.

En este fragmento, Montaigne menciona a los que considera antecedentes del pensamiento escéptico y presenta tres posturas ante la verdad: la afirmación de haberla hallado, la imposibilidad de encontrarla y la eterna búsqueda de esta. En la tercera posición sitúa Montaigne a los escépticos, entre los que se incluye él mismo. Defiende en este ensayo, además, la posibilidad de dudar –«¿por qué no han de poder dudar, al igual que los dogmáticos dicen unos verde y otros amarillo» (Montaigne, 2013: 505, II, xii)–, la existencia de la ambigüedad –«¿Hay acaso cosa alguna que os puedan proponer para aceptarla o rechazarla que no sea susceptible de ambigüedad?» (*ibid.*)– y el engaño al que inducen los sentidos –«inseguros y falseadores en todas circunstancias» (Montaigne, 2013: 591)–. En la “Apología a Raimundo Sabunde” resulta, pues, fuertemente palpable el escepticismo de su autor. Como apunta Castany Prado (2012: 70-71):

En el centro de la “Apología de Raimundo Sabunde” se halla una de las expresiones más radicales e influyentes del escepticismo: el célebre “*Que sais-je?*” o “¿Qué sé yo? Se trata de una pregunta que no busca tanto una respuesta como bloquear toda pregunta por el conocimiento [...]. El “Qué se yo” pretende expresar que nada se sabe del modo más radical, esto es, sin afirmar siquiera que nada se sabe. De algún modo, los *Ensayos* de Mon-

taigne son la búsqueda de un modo de pensar y de hablar que no afirme absolutamente nada, sino que deje que esta se muestre en su infinita e irreductible complejidad e incognoscibilidad.

¿Y si carecemos de algún sentido? ¿Y si los animales poseen algún otro –como expresa Montaigne en el citado ensayo sobre Sabunde– que los hace percibir la realidad de otra manera? En este sentido, Borges lanza un interrogante similar en “Historia de la eternidad”, prólogo de la obra con el mismo título. Aquí apunta, siguiendo a Schopenhauer, «la pura actualidad corporal en que viven los animales, su desconocimiento de la muerte y de los recuerdos» (Borges, 2005: 356).

Pero, sin embargo, a pesar de que «todo llega a nosotros falsificado y alterado por nuestros sentidos» (Montaigne, 2013: 599, II, xii), Montaigne no rechaza con rotundidad la posibilidad de alcanzar la verdad, sino que la aguarda, dispuesto a recibirla con ilusión en cuanto esta se aproxime a él. «Celebro y acaricio la verdad», escribe el humanista francés en “Del arte de conversar” (Montaigne, 2013: 893, III, viii); ensayo en el que también presenta con claridad su postura escéptica al considerar

la inseguridad y debilidad de nuestros sentidos: pues, dado que todo conocimiento llega a nosotros mediante ellos y por su intercesión, si yerran en la información que nos dan, si corrompen o alteran lo que nos aportan del exterior, si la luz que por ellos fluye se oscurece al pasar, perdemos todo asidero (Montaigne, 2013: 589, III, viii).

Respecto a Borges, hay que indicar que con la traducción al inglés de los *Ensayos* por John Florio, la influencia de Montaigne –y, con ella, su pensamiento escéptico– llegó hasta él mediante las obras de Shakespeare, Locke, Hume, Berkeley y Chesterton, entre otros (Castany, 2012: 74). A este respecto, resulta oportuno añadir siguiendo a Cervera Salinas en *La poesía de Jorge Luis Borges: historia de una eternidad* (1992: 25) que, desde sus inicios ultraístas, el escritor argentino se muestra afín a «una doctrina de naturaleza empirista, por cuanto la piedra de toque característica de esta dirección del pensamiento especulativo [...] resulta ser la interpretación de la teoría del conocimiento humano desde la atalaya de un escepticismo progresivamente radicalizado». Una muestra del escepticismo de Borges se puede encontrar en “El idioma analítico de John Wilkins”, ensayo situado en *Otras inquisiciones*. Aquí, Borges expone las deficiencias del lenguaje mundial ideado por este personaje inglés para, seguidamente, hacerlas extensibles a cualquier idioma. Sostiene que «no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo» (Borges, 2005: 708). Anderson Imbert en

“Borges por los cuatro costados” (1976: 46), lo define como un escéptico que sospecha del universo por no conocerlo de modo completo ni certero.

3.2. Pluralidad de enfoques, expresión de la otredad

Sin abrazarse del todo a una perspectiva, Montaigne y Borges llegan a modificar su pensamiento en un solo escrito. La apertura con la que perciben y reflexionan les hace abrir distintas puertas y acceder por diversas vías para mostrar, a lo largo de un solo texto, puntos de vista equidistantes entre sí e incluso contrapuestos.

Apunta sobre Montaigne Navarro Reyes en *Pensar sin certezas* (2007: 84): «parece dejarse llevar ora por una escuela moral, ora por otra, dando lugar a posturas aparentemente enfrentadas a lo largo de su obra». El humanista francés pretende mostrar con sus *Ensayos* que los enfoques desde los que observar el mundo son numerosos, varían de un ser a otro, se modifican con el tiempo y en el espacio. Él mismo resulta ejemplo vivo de ello, pues a lo largo de su vida atravesó distintas etapas en su pensamiento. Un estudioso como Pierre Villey (*ápu*d Navarro Reyes, *op. cit.*) distingue tres fases: una primera etapa incardinada en el estoicismo; seguidamente, un periodo escéptico, y, por último, una fase encuadrada en el epicureísmo.

Para hacer palpable la pluralidad de enfoques que apuntada, se trae a colación una muestra extraída del libro II de los *Ensayos* y, concretamente del capítulo II, titulado “De la embriaguez”. En este escrito, Montaigne critica y, al mismo tiempo, defiende el vicio de la embriaguez: al comienzo, rechaza dicho vicio con estas palabras (2013: 359): «paréceme la embriaguez vicio grosero y brutal»; seguidamente, adopta una postura intermedia y defiende tal desvío frente a otros así: «Soy enemigo de este vicio más por gusto y constitución que por lógica [...]. Considérolo en efecto un vicio cobarde y estúpido, mas menos dañino y perjudicial que los otros» (Montaigne, 2013: 361); tras ello, defiende la toma de vino e incluso desdeña el comedimiento en su consumo: «...beber a la francesa, en dos comidas y con moderación, por no perder la salud, es restringir demasiado los favores de este dios [...]. Deberíamos, como los mancebos y gentes trabajadoras, no desperdiciar ocasión para beber, y tener siempre este deseo en la cabeza» (Montaigne, 2013: 361-362); finalmente, su pensamiento continúa fluctuando para retornar a la crítica de este vicio: «No puedo sin embargo entender cómo puede llegarse a prolongar el placer de beber más allá de la sed, y a forjarse en la imaginación un apetito artificial y contra natura. No podría mi estómago llegar tan lejos» (Montaigne, 2013: 363). La opinión de Montaigne oscila, pues, entre distintos enfoques y, aunque parece decidirse por la crítica a tal vicio, introduce la duda al lector sobre cuál es realmente su pensamiento. Esta pluralidad de perspectivas conecta con la im-

posibilidad de defender tajantemente cualquier idea. No hay una certeza absoluta, el vaivén es constante, es posible situarse cada vez en un punto y este se modifica según el enfoque que se le dé. Siguiendo el título del capítulo XXII del libro I, “el provecho de unos es perjuicio para otros” (Montaigne, 2013: 148). Cada cual edifica su mundo según su posición y conveniencia, no hay una verdad absoluta que conecte a todos.

También Borges muestra que existen distintos modos de interpretar el mundo y que ninguno puede ser calificado como verdadero. En sus ensayos de *Discusión*, *Historia de la eternidad* y *Otras inquisiciones* se descubren visiones tan diferentes del mundo como la cabalística –“Una vindicación de la cábala”–, la teológica –“La duración del infierno”–, el nacionalismo creativo superado por el cosmopolitismo –“El escritor argentino y la tradición”–, la concepción cíclica del tiempo –“El tiempo circular”–, lo absurdo de la creación humana *ex nihilo* –“La creación y P. H. Gosse”–... Presenta, pues, pluralidad de perspectivas sin adscribirse rigurosamente a ninguna.

En relación con esta multiplicidad de enfoques que muestran ambos, hay que aludir al tema de la otredad. Con el objetivo de encontrar solidez en un mundo que se mueve sin cesar, Montaigne mira a los otros y tiende puentes hacia ellos para, de algún modo, encontrarse a sí mismo. En el ensayo “De los caníbales” (Montaigne, 2013: 231-241, I, xxxi), el humanista francés presenta al otro personificado en el indígena y se plantea por qué es temido para llegar a la conclusión de que produce rechazo todo lo distinto; como él expresa: «cada cual considera bárbaro lo que no pertenece a sus costumbres» (Montaigne, *ibíd.*). El descubrimiento de América hace emerger el pensamiento relativo. No obstante, en este caso él se adscribe a una línea de pensamiento: desde una perspectiva rousseauiana, defiende al indígena y alaba su pureza. Se lamenta de la falta de capacidad de sus contemporáneos para percibir la inocencia que estos poseen y considera, como señala Bartra en *El salvaje en el espejo* (1998: 160), que «la verdad y la bondad brotan con mayor fluidez en aquellas situaciones cercanas a la condición humana original»⁴. La revelación del secreto que se intuía –la existencia del otro– permite ampliar las perspectivas del ciudadano europeo y hacerlo recapacitar sobre su esencia: si los otros son bárbaros, ¿qué soy yo que, en muchos aspectos, los supero en barbarie? El cierre del capítulo XXX del libro II –“De un niño monstruoso”– resulta muy ilustrativo a

⁴ Tzvetan Todorov en *La conquista de América. El problema del otro* (1991), se refiere también a la posibilidad de que sean más salvajes los conquistadores –debido a su afán de enriquecimiento y poder y a su comportamiento violento– que los conquistados.

este respecto: «Expulsen de nosotros esta razón universal y natural el error y el asombro que la novedad nos produce» (Montaigne, 2013: 705).

Por su parte, Borges, además del uso del tema del doble –visto como otro y como el mismo a un tiempo–, presenta a seres como los yahoo –“El informe de Brodie” (Borges, 1997: 109-121)– o como los nazis –“Deutsches Requiem” (Borges, 2005: 576-581)–, poseedores de creencias y formas de pensamiento distintas que permiten al lector vislumbrar nuevas perspectivas y comprender que el mundo es variado y rico.

3.2.1 *El conflicto interminable entre el que vive y el que escribe*

Un apartado interesante relacionado con la otredad es el propio desdoblamiento del ser. El enfrentamiento entre el yo físico y el yo mental es común en Montaigne y en Borges; un enfrentamiento del que termina saliendo victorioso un perfil de hombre en cada caso. El estudio conlleva una separación de la vida real y la entrada en otro universo; un universo criticado, en cierto modo, por el escepticismo al considerar que la verdad no puede ser alcanzada (Castany, 2012: 185).

Montaigne, en la citada “Apología de Raimundo Sabunde” (II, xii), sostiene que la sed de conocimiento debe ser controlada, pues no es posible alcanzar la sabiduría última y esto puede exasperar o afligir. Así decide actuar él –aunque, como Borges, haya dedicado tanto tiempo a la lectura y a la escritura–. Hacia el final de su vida, Montaigne padece una merma de salud que le impide realizar una vida normal. Es entonces cuando adquiere conciencia plena de la necesidad de disfrutar de los placeres físicos y de no vivir dedicado únicamente al enriquecimiento espiritual. Adopta, pues, un posicionamiento epicureísta. «Mi oficio y mi arte es vivir», escribe en “Del ejercicio” (Montaigne, 2013: 393, II, vi).

Por su parte, Borges también rechaza el estudio desmesurado⁵, aunque él sea un autor tremendamente erudito. Esta situación genera un conflicto en el autor entre la realidad y el deseo, entre lo que es y lo que quería ser. A este respecto, escribe en el prólogo de *Discusión* (Borges, 2005: 177): «vida y muerte le han faltado a mi vida». A diferencia de sus antepasados, él fue un hombre de contemplación más que de acción, y reconoce

⁵ A este respecto, Castany Prado (2012: 186) trae a colación ejemplos extraídos de textos de Borges en los que se pone de manifiesto esa desaprobación del estudio excesivo. Uno de ellos se halla en el cuento “La memoria de Shakespeare”, donde el protagonista afirma: «soy el profesor emérito Hermann Soergel; manejo un fichero y redacto trivialidades eruditas» (*ápu*d Castany, *op. cit.*).

con las palabras transcritas sus escasas experiencias vitales –en comparación con las literarias–. Confiesa el sujeto poético de “El remordimiento”, incluido en *La moneda de hierro*: «He cometido el peor de los pecados/ que un hombre puede cometer. No he sido/ feliz» (Borges, 2011: 455), y continúa: «mis padres me engendraron para el juego/ arriesgado y hermoso de la vida [...] / Los defraudé [...] / Mi mente/ se aplicó a las simétricas porfías/ del arte, que entreteje naderías» (*ibídem*). Borges se dedicó al mundo de las letras, aunque añoró, en cierto modo, ser un hombre de acción.

3.3. Una mente abierta para buscar la verdad en una realidad inasible

La realidad es concebida por Montaigne y Borges como algo eternamente cambiante, imposible de asir de modo definitivo y revestida de apariencias que la convierten en engañosa. De este modo lo han señalado estudiosos de cada uno: sobre Montaigne indica Navarro Reyes (2007: 316) que su obra es «un progresivo e infinito desvelamiento de la apariencia: si no es posible quitar hasta el último velo de la realidad, sí espera al menos que tomemos consciencia del carácter velado del mundo en el que vivimos»; sobre Borges, apunta Castany Prado (2005) que «describe la realidad como un hecho infinito, cambiante e inasible».

Montaigne, en el capítulo XXVII del libro I apunta que «es necia presunción desdeñar y condenar como falso lo que no nos parece verosímil, vicio común a aquellos que creen tener inteligencia superior a la normal» (2013: 210). En su obra transmite, por tanto, que no todo lo domina la falsedad. Los acontecimientos, ideas o creencias más inverosímiles no han de condenarse sin contemplación ni suscitar conmiseración en el que es ajeno a ellas. Desdeñar algo por el hecho de que escape de los límites del mundo preconcebido por uno hace al hombre arrogante y presuntuoso, algo de lo que Montaigne se arrepiente:

Esto hacía yo antes, y si oía hablar de los espíritus que vuelven, o de profecías de cosas futuras, de encantamientos, de brujerías o de alguna otra historia que yo no pudiera comprender, llenábame de compasión hacia el pobre pueblo engañado con estas locuras. Y ahora, considero que yo era al menos tan digno de compasión como ellos [...]. La razón me ha enseñado que condenar tan resueltamente algo como falso e imposible es arrogarse el privilegio de tener en la cabeza las lindes y los límites de la voluntad de Dios y del poder de nuestra madre naturaleza; y que no hay mayor locura en el mundo que reducirlos a la medida de nuestra capacidad e inteligencia (Montaigne, I XXVII, 2013: 210).

Rechazar lo que escapa a la percepción o, simplemente, a la costumbre, debe hacer reflexionar: lo conocido también se ofrece de forma velada, y «esas cosas, si nos las presentasen de nuevo, hallaríamoslas tanto o más increíbles que algunas otras» (Montaigne, 2013: 211, I, xxvii). La fuerza de la costumbre normaliza todo lo grandioso que diariamente se encuentra y, por ello, se distingue como real. Lo que deja de ser novedoso entra en el territorio de autenticidad y, lo que no se encuentra en su interior, parece ficticio. Montaigne expone su negativa a esta actitud: la ignorancia humana es inmensa e impide tener en consideración un sinfín de posibilidades que pueden permitir al hombre aproximarse a la verdad; una verdad, sin embargo, cambiante y prácticamente inalcanzable a la que, pese a ello, no se debe renunciar.

El humanista francés enseña a amar la verdad. El hecho de que no se halle una verdad absoluta –debido al mundo cambiante y a las múltiples perspectivas– no implica que el hombre no se ciña a una norma posible de verdad –la cual, generalmente, suele resultar necesaria–. Como escribe André Comte-Sponville en *Montaigne y la filosofía* (1998: 76): «por escéptico que fuera, Montaigne no dejó nunca, no tanto de buscar la verdad, como de someterse a ella y amarla, allá donde la encontrara, e incluso, éste es el espíritu del escepticismo, allá donde no la encontrara». Para hallar la verdad, resulta indispensable una mente abierta, considerar como posibles los sucesos que parezcan inverosímiles o, al menos, concederles el beneficio de la duda para sopesarlos. «La vanidad y la curiosidad son los dos azotes de nuestra alma –escribe Montaigne (2013: 213, I, xxvii)–. Esta nos empuja a meter la nariz en todo, y aquella nos impide dejar nada irresoluto e indeciso». La cerrazón mental impide al ser humano salir de los límites que los sentidos y la costumbre le han labrado; límites con tan altas murallas que no permiten vislumbrar el horizonte de la verdad.

En cuanto a Borges, parece oportuno hacer referencia al cuento que cierra *Ficciones*, “El Sur”, pues en él se cuestiona con gran maestría la veracidad de los hechos que están sucediendo: se hace patente la duda acerca de la fiabilidad de los sentidos y de la razón, y se produce, además, la repetición –suerte de desdoblamiento– de unos hechos con un probable desenlace similar, lo que cuestiona la identidad del protagonista e incluso su existencia. Juan Dahlmann se hiere la frente con la arista de una ventana y, a punto de morir de septicemia, es intervenido con urgencia en el hospital. A partir de este accidente, la desconfianza ante los acontecimientos que se producen es inevitable: Dahlmann sale del hospital y toma un tren hacia el Sur –y hacia el pasado⁶–. Ha de bajar en una estación prácticamente des-

⁶ Se lee en el cuento: «La soledad era perfecta y tal vez hostil, y Dahlmann pudo sospechar que viajaba al pasado y no sólo al Sur» (Borges, 1984: 200), y es que, al inicio del re-

conocida para él. Llega a un comercio próximo y allí, Dahlmann contempla el asombroso parecido entre el patrón y un empleado del sanatorio e incluso conocen su nombre. Unos jóvenes embriagados lo provocan y, finalmente, se ve abocado a enfrentarse con uno de ellos «en una pelea a cuchillo, a cielo abierto» de la que, seguramente, saldrá vencido debido a sus escasas dotes para la lucha.

La cuestión, por tanto, palpita a lo largo de todo el relato y la confusión se adueña del lector e incluso del propio protagonista. La verdad resulta inalcanzable. El lector no sabe con certeza si Juan Dahlmann percibe lo que el narrador comunica, se plantea que sus sentidos y su razón puedan verse alterados tras el accidente y hasta llega a dudar de la identidad del sujeto ante el ciclo que parece repetirse en él. El narrador apunta una especie de desdoblamiento en el protagonista –«*Mañana me despertaré en la estancia*, pensaba, y era como si a un tiempo fuera dos hombres: el que avanzaba por el día otoñal y por la geografía de la patria, y el otro, encarcelado en un sanatorio y sujeto a metódicas servidumbres» (Borges, 1984: 199)– lo que acentúa la perplejidad en el lector.

3.4. Divagaciones conversacionales como marca de un estilo

La idea de probar y ensayar se vincula estrechamente con el género que adquirió solidez de la mano de Montaigne: el ensayo. Sus escritos se construyen a modo de digresión, exponiendo un tema desde distintas perspectivas y enriqueciéndolo con anécdotas que lo apoyan o lo contradicen. Se muestra así el relativismo y el movimiento en estado puro: todo es discutible, todo se modifica, hay que dudar para averiguar la verdad. En el capítulo L del libro I, titulado “De Demócrito y Heráclito” (Montaigne, 2013: 322-324), Montaigne se refiere a su método como escritor así:

Tomo al azar el primer tema que se me presenta. Todos me son igualmente buenos [...]. Penetro en él, no con amplitud, sino con la mayor profundidad que puedo. Y a menudo gusto de cogerlo desde algún punto de vista inusitado [...]. Sembrando una frase aquí, otra allá, muestras desgajadas de su conjunto, separadas sin designio ni promesa, no me veo obligado a hacer cosa que valga ni a mantenerme yo mismo sin variar cuando me

lato, se menciona la elección de Dahlmann en lo concerniente a su destino, pues, muy posiblemente, morirá en un apasionado enfrentamiento, como su antepasado Francisco Flores, «que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por indios de Catriel» (Borges, 1984: 195).

plazca y sin rendirme a la duda o a la incertidumbre o a mi estado original que es la ignorancia.

El humanista francés trabaja, por tanto, de modo fluyente: escoge un tema, se introduce en él, se desvía adoptando un enfoque determinado, cambia de perspectiva incorporando una anécdota con otro enfoque... Todos estos aspectos conforman el estilo conversacional del que hace gala en sus *Ensayos*; el mismo estilo fragmentario que posee otro pensador escéptico: Borges. La claridad es un aspecto apreciado por estos dos escritores. Aunque, en casos como el de Borges, la dificultad que lo caracteriza sea innegable, esta no se halla recubierta de oscuridad. Ya se ha aludido a “La supersticiosa ética del lector”, ensayo de Borges donde alaba el estilo conversacional de autores como Montaigne. Este último también se refirió a «la vanidad de las palabras» en un ensayo titulado del mismo modo (Montaigne, 2013: 325-327, I, li). Aquí, el humanista francés rechaza «llenarse la boca con esas grandes palabras» y defiende la serenidad estilística.

En relación con la conversación, esta es para Montaigne «el más fructífero y natural ejercicio del espíritu» (Montaigne, 2013: 893, III, viii). Considera que su práctica es «más dulce que la de cualquier otra acción de nuestra vida» (*ibid.*) y que en ella hay auténtico movimiento, a diferencia del «movimiento lánguido y débil» que hay en la silenciosa lectura. En sus escritos, Montaigne parece dialogar continuamente. Ya con su querido amigo fallecido⁷, consigo mismo o con toda la especie humana, el autor francés mantiene conversaciones constantes a lo largo de sus ciento siete ensayos. En ellos, trata distintos temas, pasa de un aspecto a otro, ofrece diversas perspectivas, se mueve entre sus letras incansablemente e incluso habla de ellas empleando un léxico perteneciente, en terminología de Greimas, a la isotopía del movimiento, del cambio, del eterno fluir:

Es el juicio instrumento para todos los temas y en todo se mete. Por este motivo, en los ensayos que de él hago aquí, aprovecho toda ocasión. Si es tema del que nada entiendo, por ello mismo lo pruebo, midiendo el vado desde muy lejos; y después, hallándolo demasiado profundo para mi talla, quédome en la orilla [...]. Ora lo paseo por un tema noble y manido en el que nada ha de encontrar de su propia cosecha, al estar el camino tan trillado que no puede andar más que tras las huellas de otros. Entonces, su

⁷ Étienne de la Boétie, receptor último del ensayo *De amicitia*, médula de la obra de Montaigne y memorable alabanza de la verdadera amistad, ya predestinada y escrita en los anales de la historia. La hipótesis de que Montaigne continúa en los *Ensayos* el diálogo con su querido amigo fallecido la debemos a José María Valverde

papel es elegir la ruta que mejor le parezca, y, de mil senderos, dice que este o aquel fue el mejor escogido (Montaigne, 2013: 322, I L).

Términos como *vado*, *profundo*, *orilla*, *paseo*, *camino*, *andar*, *huellas*, *ruta*, *senderos*... permiten comprobar que Montaigne concibe los temas que trata como rutas en las que adentrarse con mayor o menor profundidad –según sus conocimientos–. Un número desbordante de vías son las que Montaigne y Borges recorren en sus escritos con un estilo humilde y sencillo.

4. CONCLUSIÓN

Finaliza este estudio comparado sobre el escepticismo de Michel de Montaigne y Jorge Luis Borges. Tras el examen de los distintos aspectos relacionados con el perspectivismo plural, la otredad, el engaño de los sentidos y de la razón y la dificultad para alcanzar la verdad se puede concluir que ambos presentan perfiles próximos. Lejos de radicalismos y de posturas tajantes, los dos abren su visión para recibir todas las opiniones posibles con el fin de considerarlas, sopesarlas, reflexionar sobre ellas y plasmarlas con la intención de hacerlas pervivir con sus letras.

Montaigne y Borges son escépticos afines. «Es dudoso que el mundo tenga sentido», se lee en “El espejo de los enigmas” (Borges, 2005: 722), pero no por ello hay que rechazar su posible comprensión. Los límites que se imponen –creados por los sentidos y la razón– mueven fácilmente a engaño, por ello, el hombre debe ser cauteloso, desembarazarse de todas las barreras que cercan su pensamiento y permitirse la amplitud. Fuera del claustro de la costumbre que uno mismos se construye.

Por otro lado, y más allá de todas las conexiones que se han presentado, no se puede cerrar este artículo sin aludir a otro aspecto que conecta a Montaigne y Borges y les confiere una grandeza singular: su vasta obra ofrece, en esencia, la trayectoria del hombre que la escribió. En “Del desmentir”, capítulo XVIII del libro II, Montaigne confiesa –además de alabar la verdad– ser él mismo la materia de su escritura y haberse hecho, en gran parte, gracias a ella: «No he hecho a mi libro más de lo que mi libro me ha hecho» (Montaigne, 2013: 659). Su obra, pues, dibuja su rostro. Lo mismo señala Borges en el “Epílogo” a *El hacedor* (2011: 160): «Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara». Ambos, pues, plasman en

sus creaciones unos recorridos de figuras y pensamientos interrogativos que, poco a poco, van curvándose hasta conformar sus rostros.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson Imbert, Enrique (1976): "Borges por los cuatro costados", en *El realismo mágico y otros ensayos*, Texas. Monte Ávila.
- Bartra, Roger (1998): *El salvaje en el espejo*, México D.F., UNAM.
- Borges, Jorge Luis (2011): *Poesía completa*, Barcelona, Lumen.
- (2005), *Discusión, Historia de la eternidad, Otras inquisiciones*, en Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, volumen I, Barcelona, RBA.
- (1997): *El informe de Brodie*, Madrid, Alianza.
- (1984): *Ficciones*, Madrid, Alianza.
- Castany Prado, Bernat (2012): *Que nada se sabe: el escepticismo en la obra de Jorge Luis Borges*, prólogo de Fernando Iwasaki, Alicante, Universidad de Alicante.
- (2005): "El escepticismo en la obra de Jorge Luis Borges", en *Konvergencias, Filosofía y Culturas en diálogo*, nº 10, 2005 <http://www.konvergencias.net/borgesescep.htm> (10/1/2014).
- Cervera Salinas, Vicente (1992): *La poesía de Jorge Luis Borges: historia de una eternidad*, Murcia, Universidad, Secretariado de Publicaciones.
- Chiesara, Maria Lorenza (2007): *Historia del escepticismo griego*, traducción del italiano y del griego de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Siruela.
- Comte-Sponville, André (1998): *Montaigne y la filosofía*, traducción de Rosa y Marta Bertran, Barcelona, Paidós.
- Machado, Antonio (1999): *Antología comentada (II. Posa)*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Ediciones La Torre.
- Montaigne, Michel de (2013): *Ensayos completos*, traducción de Almudena Montojo, introducción y notas por Álvaro Muñoz Robledano, Madrid, Cátedra.
- Navarro Reyes, Jesús (2007): *Pensar sin certezas. Montaigne y el arte de conversar*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, Francisco (1977): *Que nada se sabe*, traducción del latín y prólogo por Carlos Mellizo, Buenos Aires, Aguilar.

Santayana, George (2002): *Escepticismo y fe animal: introducción a un sistema de filosofía*, traducción de Piérola y Rosemberg, Buenos Aires-Madrid, Losada.

Todorov, Tzvetan (1991): *La conquista de América. El problema del otro*, Madrid, Siglo XXI.